

EL PELIGRO DE LA PLEGARIA EUCARÍSTICA III

El título que encabeza este Editorial resulta un tanto provocativo. Hemos de confesar que este matiz buscado adrede para llamar la atención y subsanar, en la medida de lo posible, los peligros que pensamos conlleva el uso excesivo -y tendiente incluso en la práctica a ser excluyente- de esta bella plegaria eucarística creada para el Misal de Pablo VI.

¿Qué queremos, pues, decir al hablar de *los peligros* de la anáfora III? Pues muy sencillamente: al hecho de que tememos que, para muchos fieles, la anáfora III se convierta en la práctica en la única -o casi en la única o, por lo menos en la más frecuente- de las Plegarias eucarísticas que oigan recitar cuando participan en la Eucaristía dominical o festiva. Y ello sería un verdadero empobrecimiento de lo que se propuso el Misal de Pablo VI al introducir la *pluralidad* de Plegarias eucarísticas.

Nos explicamos. Después de unos quince siglos en los que la liturgia romana usó invariablemente en todas las celebraciones el Canon Romano -distanciándose, por ejemplo, de la siríaca que tiene más de setenta Plegarias o de la hispánica que posee una anáfora distinta para cada día- el Misal de Pablo VI incorporó, además del Canon tradicional tres otras anáforas. Esta inclusión de nuevas Plegarias tuvo un origen que hoy pocos conocen ya. Fue el siguiente: el estudio *genético* del tradicional Canon romano evidenció algunas *deficiencias* en su texto. Sobre todo se subrayó la anomalía que representaba la casi violenta interrupción que significaba para una oración fundamentalmente de *acción de gracias* (tomó el pan, cogió la copa, *dio gracias* y dijo: *Haced esto*) el hecho de que después del *Santo* se olvidara ya la temática de acción de gracias y se incidiera de nuevo en el tema del ofrecimiento del sacrificio

(Padre misericordioso, te pedimos que *acceptes y bendigas estos dones, este sacrificio santo y puro*) repetición de lo que ya se había dicho en la Oración sobre las ofrendas.

Se hicieron, pues, varios proyectos para mejorar el Canon romano. El benedictino Vagaggini (que tanta influencia tuvo sobre Pablo VI en la reforma litúrgica) llegó a publicar un volumen entero con sugerencias y proyectos concretos para remediar las anomalías (*Il canone de la messa e la riforma liturgica*, Torino 1966). Parece que fue otro sabio benedictino, Dom Bernard Botte, quien convenció que el Canon Romano, pieza que en su estado actual era por lo menos del s. V, era *intocable*. A semejanza de los edificios antiguos que con el discurrir de los siglos se van ampliando y adecuando a las diversas épocas y luego resulta peligroso eliminar todos los elementos posteriores so pena de que se derrumbe toda la edificación, así resultaba peligroso el intento de reformar el antiguo Canon.

La solución propuesta era, pues, dejar intacto el Canon Romano, con sus grandes riquezas y con sus defectos difíciles de corregir y añadir otras Plegarias Eucarísticas que, usadas junto con la antigua Plegaria romana, ofrecieran al pueblo cristiano una vivencia más completa de las diversas facetas y matices de lo que contiene la Plegaria eucarística, tanto de las que se derivan de la misma Acción de gracias que Jesús pronunció en su última Cena, como de las que, en el discurrir de los tiempos la piedad de la Iglesia ha ido añadiendo como glosas, comentarios o vivencias contemplativas de la realidad eucarística. Éste fue el origen de la actual variedad de Plegarias eucarísticas de nuestro Misal.

Se dejó, pues, moralmente intacto el Canon Romano. No puede olvidarse que el Canon ha sido la Plegaria Eucarística que han ido repitiendo, la mayoría de comunidades cristianas latinas y la mayor parte de santos que veneramos durante quince siglos. ¡Cuántos papas, obispos, presbíteros, monjes y laicos han hecho de este texto el soporte habitual de su oración! ¡Sería imperdonable que hoy lo olvidáramos y lo relegáramos al desván de las cosas inservibles! Hay días y hay ocasiones en los que conviene especialmente recurrir a esta plegaria (octavas de Navidad y de Pascua, días con embolismos propios, etc.) El uso de esta Plegaria más explícita en muchos detalles distinguiría por sí sola la

solemnidad de las celebraciones más extraordinarias (aunque la homilía, que no es ciertamente el punto central de la celebración, debiera abreviarse un poco).

La Plegaria eucarística II –la más antigua de las cuatro– conviene especialmente a las misas feriales. No precisamente por su brevedad (con ella la misa se abrevia no más de unos minutos) sino especialmente por su sobriedad. Usar habitualmente en las ferias la Plegaria II diferencia con facilidad en las comunidades que celebran la Eucaristía a diario, la celebración de cada día frente a las celebraciones dominicales y festivas. Creemos que por ello es mucho más aconsejable repetir a diario en las ferias ordinarias la Plegaria II que ir variando la anáfora cada día.

La *peligrosa* Plegaria III -que es la que ha motivado este Editorial- es la más moderna de las anáforas de nuestro misal. Ha sido compuesta en nuestros días. Al publicarse alguien dijo que se había compuesto según el esquema de las anáforas galicanas e hispanas (Cf. BOUYER, *La troisième Prière Eucharistique en Assemblées du Seigneur*). Pensamos que esta dependencia está muy lejos de ser exacta, pero no es aquí el lugar apropiado para dilucidar esta cuestión.

Como las demás Plegarias eucarísticas contiene riquezas peculiares que no figuran en las otras anáforas. Pero también faltan en ella algunos matices que hallamos en los otros textos. De aquí la importancia de recurrir equilibradamente al uso de las *cuatro anáforas* si se quieren vivir todas las diversas riquezas de la Eucaristía.

Matices propios de esta Plegaria son, por ejemplo, la clara explicitación de que en la Misa, junto con Cristo, nos ofrecemos también nosotros (este momento es el *principal momento* de nuestra ofrenda personal, el verdadero de lo nuestro) y por ello es importante subrayar esta expresión de la III anáfora: "Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia –el Cuerpo y Sangre de Cristo–... la Víctima por cuya inmolación quisieste devolvemos tu amistad... que formemos en Cristo un solo cuerpo... que él *nos transforme* -también a nosotros unidos a él- en *ofrenda* permanente". Ninguna otra anáfora es tan expresiva de nuestro propio ofrecimiento. Otra riqueza peculiar de esta Plegaria III es la explicitación del sentido escatológico de la Eucaristía que, como recuerda el Apóstol

hemos de celebrar *hasta que venga el Señor* (1 Co 11, 27): "Te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo, *mientras esperamos su venida gloriosa*".

En la Plegaria III, con todo, también hay matices menos explícitos pues no todo se puede decir siempre. Por ejemplo en la epiclesis de antes de la Consagración en esta anáfora (como en la Anáfora IV) se pide *únicamente* que el Espíritu Santo transforme el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo, pero, en cambio no se pide que esta transformación no sea únicamente objetiva sino además *fructuosa* para los participantes; te pedimos, dicen las Plegarias I y II, (pero no en la III) que el pan y el vino presentados sean (no sólo objetivamente sino también "*para nosotros*") Cuerpo y Sangre de Jesucristo".

La IV Plegaria tiene también sus matices muy propios, sobre todo el de conectar la Eucaristía, a la manera como lo hacen las anáforas orientales, con toda la historia santa; con ello la Pascua de Jesús aparece, se hace presente y se contempla como culminación de toda la economía divina.

De cuanto venimos diciendo se desprende la pobreza que significaría usar sólo alguna de las anáforas. Sería desaprovechar uno de los enriquecimientos mayores que persiguió el Misal de Pablo VI. Y pensamos que este proceder es bastante frecuente en nuestras comunidades. Lo más habitual es que ordinariamente se use la Plegaria II. Si nos preguntamos el *por qué* de este proceder... tememos que sea debido a su brevedad. Así la misa es más breve. Pero quizá dé un poco de vergüenza que se manifieste demasiado que el celebrante desea terminar pronto; entonces para los domingos sobre todo, hay el recurso de recurrir a la anáfora III; nadie nos tildará que busquemos terminar pronto; la Plegaria III ya no es tan breve. Usar el Canon Romano o la Plegaria IV, resultaría exagerado... ¿Resultado de este proceder? Que, de hecho, los fieles que participan de la Eucaristía únicamente los domingos y fiestas (que son la mayoría) únicamente oran con la Plegaria III, muy buena, como hemos señalado, pero que quizá no puede competir con el Canon Romano (la anáfora que más se ha usado en la Iglesia latina), con la Plegaria II (la más antigua) y con la IV (por su estructura y contenido probablemente la más ecuménica).

La Plegaria eucarística III, a pesar de sus ricos y muy propios matices, constituye en realidad un verdadero *peligro*, si su uso, en la práctica, excluye, como nos parece constatar, que los fieles que participan de la Eucaristía sobre todo los domingos, olvidan de hecho las muchas riquezas y matices que se contienen también en las restantes anáforas. Es éste el *peligro de la anáfora III* al que nos referimos en el título de este Editorial y que queremos denunciar con fuerza.— P. F.